

TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura
N.º 20, Puerto del Rosario (2012), pp. 417-434, ISSN: 1134-430-X

ANA M.^a FAGUNDO Y LA FINITUD DEL SER

MARÍA BELÉN CEBRIÁN FLORES

Becaria de investigación de la Beca Cajacanarias para
Postgraduados de la Universidad de La Laguna

Resumen: *Materia en olvido* (2002) fue el último libro de poesía que escribió la poeta tinerfeña Ana M.^a Fagundo¹. Esta mujer nacida en 1938 destacó por pertenecer a una generación de mujeres escritoras de gran calidad literaria, pioneras en la literatura española y canaria, que han ido abriendo camino a las nuevas generaciones. Desde una poesía intimista, de introspección personal y de marcado carácter filosófico, Ana M.^a Fagundo se adentra en los enigmas fundamentales del ser.

Su poesía reflexiona sobre la fugacidad temporal, el carácter cíclico de la existencia, el sentido de la vida y la inmortalidad del ser, planteando una serie de interrogantes que, sin duda, remueven la conciencia del lector. Ahora bien, en ningún momento olvida Fagundo su condición de mujer: su poesía viene marcada desde el comienzo por el sello de la feminidad. Nos encontramos en este libro que Ana M.^a escribe en plena madurez vital una poesía que ha perdido el optimismo y el entusiasmo de antaño, aunque no el ímpetu personal y la fuerza expresiva que la caracteriza.

Palabras clave: Ana M.^a Fagundo; *Materia en olvido*; poesía canaria; escritura de mujeres; análisis crítico.

Abstract: *Materia en olvido* (2002) is Ana M.^a Fagundo's¹ last book. Fagundo, born in Tenerife in 1938, belonged to a generation of female writers of remarkable skill. They were, both in Spanish and Canarian literature, the pioneers, those who forged new ways of writing that have in turn been engaged by the younger generations of women writers. Her poetry is often introspective, using the intimate and the philosophical as tools for exploring the basic questions of existence. Such a journey is signalled by meditations on the fleeting nature of things, the cyclic dynamics of existence, the meaning of life or the immortality of being. However, Fagundo never forgets her femaleness; her poetry being tinged by a strong awareness of her identity as a woman. Thus, in her last book we find a poet who, despite having lost the enthusiasm of youth, still retains her characteristic power to convey a strongly lyrical consciousness of impermanence.

Key words: Ana M.^a Fagundo; *Materia en olvido*; canarian poetry; women's literature; critical analysis.

¹ Ana M.^a Fagundo murió en Madrid el 13 de junio de 2010./Ana M.^a Fagundo died in Madrid on June 13, 2010.

Materia en olvido es el último poemario de Ana M.^a Fagundo. Esta tinerfeña (1938-2010), irrumpía en las letras españolas en la década de los sesenta con la publicación en Tenerife de su primera obra *Brotos* (1965), a la que siguió *Isla adentro* dos años más tarde. Este hecho tuvo una gran trascendencia en el panorama literario isleño, pues no era solo una voz joven la que nacía, sino que esa voz era, además, voz de mujer. Ana M.^a Fagundo obtiene el reconocimiento a su labor poética tempranamente. Así, muchos periódicos de la isla publican sus primeros poemas: *La Gaceta semanal de las Artes* (Santa Cruz de Tenerife, 1965), *El Día* (Santa Cruz de Tenerife, 1965), *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife 1965, 1966). Y, aunque todavía estábamos ante una poesía «en ciernes», ya algunos críticos percibían que allí se estaba gestando una gran poeta, como poco a poco se fue comprobando. Lejos estaban aún de imaginar, sin embargo, que su poesía llevaría el nombre de Canarias por lugares muy alejados de la isla que escuchó sus primeros poemas, y que su palabra sería leída en otras lenguas, ya que su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano, alemán, polaco, lituano y chino².

Ana M.^a se inscribe en una generación pionera, como ella misma afirma en su trabajo «Poesía femenina española del siglo XX», junto a autoras como Elena Andrés, María Victoria Atienza y Pilar Paz Pasamar. Ahora bien, como ha señalado, creemos que con acierto, la crítica M.^a Elena Bravo³:

«sus características vitales la aproximan a poetas más jóvenes con las que tienen elementos igual de fuertes que compartir: Marina Mayoral, Fanny Rubio, Clara Janés, Amparo Amorós, Ana Rossetti, Ana María Moix y otras que, por sus circunstancias vitales han tenido un

² En 1965 ya diferentes periódicos recogían también críticas sobre su obra *Brotos*: *La Gaceta Semanal* (1964), *La Hoja del Lunes* (1965, 1966), *La Tarde* (1965). Además, ya desde esta primera obra, su poesía traspasa la frontera de nuestras islas: existen reseñas sobre su obra *Brotos* en *Rocamadador o Poesía española*, en 1966 y 1967, respectivamente. Todos estos datos hacían pensar que Canarias legaría al mundo a una poeta de proyección universal.

³ Bravo, M.^a Elena, (1993): «Ana María Fagundo: confluencia y espejo» en Martínez Herrarte, Antonio (ed.), *Ana María Fagundo: Texto y contexto de su poesía*, Verbum, Madrid, 33.

margen de expresión, indagación y creación mucho más abierto que las anteriores».

Probablemente ese carácter más abierto de su obra se deba a sus circunstancias vitales. En el año 1958 Fagundo consigue la beca Anne Simpson y se traslada a Estados Unidos, donde el horizonte cultural e ideológico era obviamente mucho más libre y avanzado que el que se vivía en la España de aquellos momentos, inmersa en una dictadura.

Conviene resaltar en este punto la relevancia que tanto Ana M.^a Fagundo como muchas otras mujeres españolas (que destacaron en diferentes campos de la vida, la política, el saber en todas sus facetas...) han tenido en la superación de un sexismo que estaba profundamente arraigado en una sociedad aún dominada por el orden patriarcal. Hasta bien entrado el siglo XX, las mujeres aceptaban sin ningún tipo de cuestionamientos el orden tradicional imperante. El movimiento feminista comenzó tímidamente con algunas mujeres valientes como Mary Wollstonecraft en el siglo XVIII y su *Reivindicación de los derechos de la mujer*. Después serán las escritoras británicas del siglo XIX (Jane Austen, Emily Brontë, Charlotte Brontë⁴ o George Elliot⁵), las que veladamente y sin adscribirse a ningún tipo de movimiento expongan enmascaradamente a través de sus obras (aunque con intenciones manifiestas de denunciar y subvertir el orden vigente) la situación de la mujer en su siglo. Ya en el siglo XX Virginia Woolf y Simone de Beauvoir, inician e impulsan un feminismo literario que pretende sobre todo el reconocimiento y la reafirmación de la autoría (literaria) femenina, con la intención de que la mujer logre crear por sí misma un camino y un estatus diferentes que consiga expresar su propia identidad.

La mujer empezará a introducirse, paulatinamente y con éxito, en los diferentes campos de la vida: comenzará su integración en las filas académicas, así como su incorporación a la vida universitaria y profesional; irá adquiriendo independencia económica y personal; conquistará derechos que hasta entonces eran impensables. Poco a poco, los cánones patriarcales se irán cuestionando y comenzará la lucha para erradicar la discriminación de la mujer, lucha que desgraciadamente, y a pesar de los avances políticos y sociales, no puede aún considerarse acabada.

⁴ La crítica feminista ha destacado el papel agitador de conciencias que juega uno de los personajes de *Jane Eyre* (Charlotte Brontë, 1847): la subversiva Bertha Mason, conocida como la «loca del ático».

⁵ Muchas de estas escritoras, como es bien sabido, tuvieron que escribir bajo seudónimos para poder publicar sus obras.

Debemos reconocer la valiosísima aportación cultural de Fagundo y agradecerle su labor pionera en el ámbito de la poesía femenina en España ya que «su obra es clave para entender los complejos mecanismos de la respuesta poética a la vida desde el plano de la mujer» (Bravo 1993: 33). Como la propia poeta ha afirmado su condición de mujer está «palpitando» en su poesía, porque su voz no está condicionada «por modas ni momentos», ni «por posturas más o menos populares sino porque irremediamente nos marca nuestro ser particular» y en su caso su ser particular es femenino, lo que se plasmará irremediamente a través de su obra⁶. Muchos de los trabajos críticos realizados sobre su producción poética revelan este carácter marcadamente femenino-feminista de la misma. Fagundo muestra abiertamente la «paternidad» (¿quizá siendo consecuentes y abandonando los cánones patriarcales no sería más adecuado hablar aquí de maternidad literaria?) femenina de su obra, porque su condición de mujer y de mujer poeta queda patente a lo largo de esta. En este sentido, parece pertinente subrayar la opinión de M.^a Elena Bravo para quien «resulta evidente que Ana M.^a Fagundo y su obra constituyen un caso de extraordinario valor para ayudarnos a entender el proceso de contribución de la mujer a la creación artística en esta época de cambios esenciales en los planteamientos culturales» (Bravo 1993: 27).

Este artículo pretende ser una aproximación a la última obra escrita hasta el momento por Ana M.^a Fagundo: *Materia en olvido* (2008). Como en libros anteriores encontramos en él una poesía llena de hondura y de sentimiento, una poesía que pretende penetrar en la esencia del ser y de las cosas. No obstante, ya desde los primeros versos de este texto observamos que algo ha cambiado en su poesía y ese algo tiene mucho que ver con el tiempo cronológico que vive Ana M.^a, con su cansancio vital, con el peso de los años y del dolor. El entusiasmo de sus libros anteriores se tiñe ahora de desilusión, pese a que su voz sigue latiendo con el mismo ímpetu de antaño.

Vamos a comenzar analizando la estructura de la obra para ocuparnos después de los temas centrales que aparecen en este poemario: la muerte, la ansiada eternidad, la fama mundana, el carácter cíclico de la vida, el inexorable transcurso del tiempo, la mujer, motivos que también están presentes en el resto de su obra.

⁶ Fagundo, Ana M.^a: «Lo mío es el poema» en *Ana María Fagundo: Texto... op.cit.*, 17.

Materia en olvido está estructurada en tres partes: la primera gira ineludiblemente en torno a la materia. La materia es aquí sinécdoque de vida, de la propia vida de la poeta, porque lo que aquí interesa es subrayar la dimensión corporal y el carácter efímero del ser humano. Como dice Elena Andrés: «La materia terráquea, lo corporal, es el fulcro de la palanca, punto de apoyo sólido hacia (para?) la trascendencia»⁷. Se recorre aquí la materia desde su inicio o creación, cruzando por su plenitud (cuando aún está llena de vitalidad, juventud y turgencia) hasta llegar a una materia que está «en descenso»⁸, «en olvido» (Fagundo 2008: 20), en «desconfiguración» (Fagundo 2008: 21). Su visión atraviesa así los distintos estados de la materia en la evolución físico-temporal del ser.

Esta primera parte se caracteriza por su desesperanza, por el desaliento. Frente al pasado esperanzado se opone el presente, caracterizado por el «caos», por la lucha contra el deterioro físico, por su pugna contra la propia muerte. De los trece poemas que la conforman solo cinco presentan un tono vital optimista, ilusionado. El resto está dominado por el desánimo existencial, por la acechante idea de la muerte, por la gráfica e impactante presentación de una materia corruptible y en vías de descomposición. El penúltimo poema nos presenta una concepción cíclica del tiempo y de la vida —de clara influencia machadiana—, que apunta hacia una renovación constante de la materia. Anticipa ya algunos de los asuntos que se tratan al final del libro, insistiendo una vez más en una temática que está presente en su quehacer poético desde sus inicios: «ola-playa de mi incesante renacerme»⁹. Como veremos, este poemario tiene además una estructura cíclica en consonancia con la concepción filosófica que propugna.

De una poesía inspirada por un aliento negativo pasamos a una segunda parte por la que transitan la seguridad, la confianza, el color, pero sobre todo la esperanza (aunque sea una esperanza efímera e incierta): «Todo parece presagiar un tiempo nuevo» (Fagundo 2008: 35). Del helado y triste invierno caminamos hacia un posible «advenimiento triunfal/ de inminente primavera» (2008: 34), a un derroche de explosión colorida y sonora. La llegada de la estación de las flores simboliza la renovación del optimismo, de la ilusión creciente y con ella la vida «ascendente y tenaz»

⁷ Andrés, Elena: «Ana M.^a Fagundo: poeta medium», en *Ana M.^a Fagundo: Texto... op. cit.*, 21.

⁸ Ana M.^a Fagundo (2008): *Materia en olvido*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 13.

⁹ Como afirma Myriam Álvarez en la Introducción a: *Ana M.^a Fagundo, Obra poética (1965-2000)*, Espiral Hispano Americana, Madrid, 94.

«se yergue de futuros» (2008: 36). Se instaura de nuevo un movimiento vertical positivo que supone acendrada lucha, confianza vital, búsqueda de la «pasajera plenitud» (2008: 37). No es la primera vez que Fagundo se refiere a las estaciones, recogiendo el significado simbólico que les atribuía la tradición (símbolo de las distintas etapas del desarrollo del hombre y expresión de la circularidad de la vida). Ya lo hizo en *Diario de una muerte*, así como en otras composiciones. La primavera simboliza el nacimiento, la infancia.

En relación con lo expuesto, recordamos que movimiento y verticalidad son característicos de la obra de Ana M.^a. En este último poemario el signo ascendente o descendente de esa verticalidad dependerá del tono de cada poema, así como del tiempo vital al que se refiera. Si en la mayor parte de su obra precedente el movimiento era de signo positivo, aquí combinará ascendencia y descendencia asociándolas a cada etapa vital. A la infancia, juventud o plenitud les corresponde un sentido ascendente: «Enhiesta sobre la cumbre/el fragor primero de la vida» (2008: 14), «La isla prieta, erguida,/estallaba de gozo/era nuestro amanecer» (2008: 15). A la senectud un sentido descendente: «que el tiempo/ inexorablemente/va hundiendo en el olvido» (2008:17), «Materia en descenso¹⁰. Materia en olvido» (2008: 49).

En esta segunda parte reaparece la poesía sensorial fagundiana. Sus versos se llenan de alegría, de color y este adquiere un significado simbólico. Si en la parte anterior apenas encontrábamos algún brochazo gris (2008: 13)¹¹, aquí la paleta se tiñe de los más diversos colores (rojo, amarillo, lila, blanco, dorado, verde, azul). Si el negro o el gris son los colores del luto, de la muerte, de la tristeza, conformando y reafirmando el acento desilusionado de esa primera parte, el arco iris abandera ahora una nueva disposición vital. La presencia del color verde (que la tradición ha ligado a la esperanza) y del color azul (azul es el color del mar y era el color de los ojos de su amado padre) nos advierten de un cambio. La poeta proyecta sus sentimientos renovados sobre una naturaleza amable y colorida donde abundan los pájaros, las flores y los árboles abotonados (símbolo de la regeneración existencial), donde el cielo es claro y donde, a pesar de todo: «La vida es./La vida sigue» (2008: 40).

¹⁰ El subrayado es mío.

¹¹ El color azul es el único que aparece en esta primera parte de la gama cromática que tiene connotaciones positivas en la poesía de Fagundo. Solo se presenta en aquellos escasos poemas de la primera parte que tenían un acento entusiasta como, por ejemplo, en «Materia en Juventud»: «Tajinastes y brezos,/ hibiscos y palmeras/ ascendiendo entre azul y azul» (2008:24).

En «Verodes en flor» (último poema de este capítulo) aparece el mes de diciembre. Diciembre, además de tener connotaciones negativas en la obra fagundiana por ser el mes en que murió su padre, es el mes en que comienza el invierno, última estación del año que tradicionalmente simboliza la edad senil del hombre, el tiempo de la muerte. Se presagia ya el cambio temático que se desarrollará en la tercera parte.

De las siete composiciones que conforman esta tercera parte, seis incluyen entre sus versos alusiones a la materia. Pasado el momento central de transición (en la segunda parte no hay ninguna referencia a la materia) el poemario vuelve, cíclicamente, a centrarse en la misma (como ocurría en la primera) y en los temas que sobre ella se articulan (oposición pasado/presente y presente/futuro, ascenso/descenso, lucha/resignación, vitalidad/cansancio vital, luz/sombra, todo/nada y, fundamentalmente, *serse/no serse*). Ahora su poesía se desnuda de ornamentos y se esencializa, se concentra en una depurada reflexión filosófica sobre los grandes temas de la vida.

Siempre fiel a la búsqueda de su propia identidad, los poemas de este último libro de Ana M.^a Fagundo se amoldan a una suerte de sondeo existencial. Su poesía siempre va ligada a un constante ahondar en el conocimiento del ser humano, pero, sobre todo, es una constante fuente de conocerse y reconocerse en el momento mismo que surge el poema. De ahí que siempre haya que tener en cuenta la gran carga de subjetividad que subyace en sus poemas y que le proporciona ese marcado carácter autobiográfico a toda su labor poética. Myriam Álvarez destaca con acierto esta peculiar manera de estar en el poema que consigue la poeta canaria:

«porque por más que se quiera desunir en términos teóricos, la obra creativa permanece indisolublemente fundida a la biografía del artista [...]. El componente biográfico no solo ayuda a entender su creación, sino también todas aquellas variaciones y sacudidas propias de la voz poética, que se construye mediante la escritura» (Álvarez, 2000: 27).

El quehacer literario de Fagundo responde al afán del hombre por aclarar algunos de los grandes interrogantes del ser humano; la poesía es el instrumento que utiliza la autora para trascender las barreras que el tiempo y la materia imponen al ser. Como la propia Ana M.^a ha manifestado en su poesía «la búsqueda es de claves que guíen o que sugieran posibles respuestas al tanto preguntar y respuestas al «ser»

de este aquí y ahora y al «no ser» (?) de la otra dimensión»¹². Veremos cómo en la concepción de Fagundo el hombre acaba por reducirse a materia pensante, incapaz de traspasar los límites físicos que tiempo y espacio le imponen. Solo su obra, esto es, la producción realizada efectivamente por el hombre (cualquiera que sea su naturaleza: poética o pictórica, musical o arquitectónica) podrá atravesar dicha frontera.

Junto al motivo del tránsito inexorable del tiempo, emerge el tema de la vivencia angustiosa de la fragilidad de la existencia humana, su carácter efímero. Temas ambos constantes, además, en la poesía del Barroco. Y de la misma forma que ocurría en el Barroco, al carácter perecedero del ser humano la poeta canaria opone el carácter imperecedero de la obra de arte. Es aquí donde la existencia fagundiana encuentra su sentido y su razón de ser. La palabra supera la barrera espacio-temporal que acucia al ser:

«Sin embargo,
la palabra,
hoy también gris,
persiste con su palpito de vida» (2008: 13).

Y es aquí donde se observa con toda nitidez su concepción existencialista, sartreana podría decirse, de la vida. Recordemos que Sartre señalaba que nuestra esencia es lo que construiremos nosotros mismos mediante nuestros actos. Para Fagundo su esencia es su poesía, su acto de creación, su definitiva forma de serse y perpetuarse, superando los límites materiales que impone la existencia. Para ella serán los instrumentos del arte («la palabra, el pincel, el cincel y el pentagrama») y los frutos que este da las «huellas de que habíamos habitado la materia» (2008: 54). Es entonces su quehacer literario el que le ha dado sentido a su vida y el que le dará, sin duda, significado a su muerte. Como ha dicho Antonio Martínez Herrarte: «ella vive su vida como existencia poética [...], porque para ella la poesía es su forma de vida, la razón vital de su existencia» (1994: 15).

Algunos críticos han puesto de manifiesto, en otro orden de cosas, la cercanía que existe entre el arte y el pensamiento del Barroco y el arte y el pensamiento del siglo XX. Haciéndonos eco de dicha doctrina,

¹² Martínez Herrarte, Antonio (1994): «El ser y decir de Ana María Fagundo» en *Ana María Fagundo, Antología: (1965-1989)*, Colección Poesía, Madrid, 33.

expondremos como modelo de dicha proximidad el quehacer poético de Fagundo. No debemos buscar la filiación barroca de la obra fagundiana en su estilo formal, puesto que no hay profusión ornamental o sobrecarga retórica en su obra. Muy al contrario, su poesía se ahorma en un lenguaje diáfano, sencillo, directo y preciso, propio de la desnudez expresiva que acompaña al poeta del siglo XX. Es en la vivencia agónica del tiempo y de la existencia, es en la concepción de la realidad como un fluir incesante donde encontramos la huella barroca: «Aún había muchas jornadas [...] / para disfrutar el mendrugo de horas/que se nos había concedido» (2008: 16). Ya un primer indicio lo tenemos en la cita paratextual que precede a la primera parte de *Materia en olvido*. Pertenece a uno de los grandes maestros del Barroco: Lope de Vega. En ella ya está presente su concepción sobre la fugacidad del tiempo: «ya para lo que queda, pues es poco». Tras esta admonición inicial el autor aconseja al lector (a través de una metáfora: «no temas a la mar») que no debe amedrentarse ante la muerte, pero también le advierte de que no debe creer que hay algo más allá de esta («ni esperes puerto»).

La frecuencia con que utiliza los marcadores y referencias temporales apunta claramente hacia la inquietud fagundiana ante el paso del tiempo: aún, trece de marzo, ahora, hoy, fragor primero, amanecer, futuro, tiempo, comienzo, horas, días, de pronto, eterna... Van dando idea del cerco de los días y las horas a lo largo de estos poemas en donde la temporalidad y la vida se funden en íntimo abrazo, convirtiéndose en protagonistas indiscutibles de la escena poética. El tiempo es el rapaz devorador del ser, de la materia, como observamos en esta lograda prosopopeya de Fagundo:

«El tiempo aún
no esperaba
agazapado con su garra de sombra
en aquella esquina» (2008: 16).

Íntimamente relacionado con el motivo anterior, aparece el tema de la fama. La obra de Ana M.^a bebe de la tradición literaria española a través de la figura renacentista de Jorge Manrique, y, aunque esta influencia sea más explícita en otros poemarios (recordemos, por ejemplo, *Diario de una muerte*), su huella horada también el resto de su obra. La poesía es para ella una forma de proyección futura, una superación de

las barreras que la condición humana impone, como ya hemos señalado. La idea renacentista de que el hombre merece una gloria mundana, tan manriqueña, está presente en este poemario del siglo XXI: «que no muere,/aunque se muera/aquella voz que dijo,/soy,/siento» (2008: 48). Para corroborar estas afirmaciones vayamos al título de esta obra: *Materia en olvido*. Este «olvido» no solo debemos verlo como el olvido afectivo de los seres queridos, tiene una significación más extensa y conecta con lo que aquí estamos diciendo. De esta manera en el poema «Caverna», tiempo y olvido aparecen como causa y efecto: «ofrendando el cáliz de su sexo/que el tiempo/inexorablemente/va hundiendo en el olvido». Se nos muestra así otra de las grandes preocupaciones de la autora asociada al fluir temporal, que nos sirve para reafirmarnos en la tesis que aquí estamos defendiendo. Así aunque Ana M.^a no recurra a la filosofía cristiana y a la concepción de la muerte que late en las coplas de Manrique, sin embargo, las ideas de la fama mundana y la preocupación por la ligereza con que transcurre el tiempo sí están presentes en la obra que aquí comentamos: «por esso non nos engañen, /pues se va la vida apriessa/ como sueño»¹³.

La muerte y la infinitud del ser son los temas centrales de este volumen, alrededor de los cuales se van articulando otros motivos, diferentes asuntos y argumentos. La muerte, como ocurría en el arte y la literatura barrocos, es vivida y sentida por Fagundo como una experiencia castradora: «No había más. /No tenía por qué haber más/ porque había habido» (2008: 49). La muerte no conlleva el paso a un paraíso prometido, no es el triunfo del espíritu sobre la materia. Todo lo contrario, es un lento caminar que comienza con la decadencia vital y que desemboca en la nada. En este sentido, participa Fagundo de una concepción nihilista de la vida, reflexión que se va fortaleciendo a medida que avanzamos por las páginas de este poemario. La lucha del ser contra la decadencia que impone el inevitable transcurrir del tiempo no es combativa, sino resignada, no es violenta sino condescendiente, porque el ser es sabedor de su propia fatalidad, de la condición ineludible de la muerte:

«Va cediendo la materia
su puesto a las horas,
aquí, un desaliento más,
allí, un resignado suspiro» (2008: 20).

¹³ Manrique, Jorge (1983), *Coplas a la muerte de su padre*, Castalia, Madrid, 53.

La poeta vive y muestra su crisis existencial, crisis que la lleva a preguntarse por los grandes enigmas de la vida, dejándola desamparada, angustiada, anclada en la expresión de sus interrogantes. En el último poema de este libro¹⁴: «Quizás la eternidad» se aborda el tema de la inmortalidad. ¿Es el hombre una criatura compuesta de materia y espíritu, destinada a superar las barreras físico-temporales que le impone la materia o, por el contrario, es el hombre una criatura eminentemente material, compuesta de «carne», «sangre» y «hueso» y de naturaleza caduca? Este es el gran dilema que se plantea y nos plantea Fagundo, al que no ofrece solución definida. Su reflexión aparece encabezada y coronada por la duda (tan unamuniana): el poema comienza y termina con la palabra «quizás» (2008: 55, 56). Su angustia vital, su arraigado pesimismo nace al ser consciente de la imposibilidad de su deseo de infinitud. La duda, motor interior de su poesía, emerge precisamente de la lucha entre la sed de inmortalidad por una parte y la certeza de su utopía, por otra. Acaso sea esta la razón por la que la lectura de estos poemas sea capaz de remover los cimientos últimos del lector que se enfrenta a ella.

Ahora bien, esta última parte del libro aparece precedida por una cita de Miguel Delibes, que logra abrir una brecha en el pesimismo fagundiano, aportando una creencia esperanzada sobre el destino final del hombre. La propia Ana M.^a se aparta momentáneamente de su concepción racionalista de la vida y a través de esta cita mantiene una puerta abierta a la esperanza, sin entrar en directa confrontación consigo misma, ya que como dice Delibes:

«la condición fatalmente efímera del hombre unida a su condición de ser pensante y sensible alimentan mi esperanza de que todo no puede concluir aquí. Es una máquina demasiado perfecta y reflexiva, el hombre, como para aceptar que todo se reduzca a un proceso físico-químico que se desarrolla dentro de un tubo de carne» (Fagundo 2008: 43).

A raíz de este paréntesis ilusionado e ilusionante, Fagundo vuelve a referirse a la idea inicial, esto es, que tal vez no haya más existencia que la material, ni más vida que la sensorial, ni más tiempo que el presente, ni más caminos que los terrestres, ni más dimensiones que la nuestra.

¹⁴ Este poema no podía tener un lugar más gráfico y apropiado porque, primero, en el poema se desarrolla el tema del final de la vida y, segundo, porque plantea una última reflexión que sintetiza los principales temas desarrollados en este poemario.

El mundo corpóreo acaba con cualquier deseo de eternidad y la materia se impone adquiriendo una importancia abrumadora. De algún modo estos versos son un canto a la vida terrenal, una invitación reflexiva a disfrutar del presente: esa «eternidad de ahora» (2008: 56), esa vida diaria conformada por su doble naturaleza placentera y dolorosa. Sin duda, esta última sección es una *meditatio mortis*.

Como ocurría en Antonio Machado o en Emily Dickinson (poetas ambos que influyen en la poesía de Ana M.^a) el tema de la muerte se muestra en el último capítulo de *Materia en olvido* asociado al inexorable fluir temporal así como al motivo de la circularidad de la vida.

Ya aludimos a que la propia estructura de esta obra de Fagundo era un cíclico sucederse, lo que contribuirá a reforzar el tema tratado por la autora. Esta estructura no solo se percibe en la alternancia de las partes (primera y tercera se acercan en tono y tema frente a la segunda completamente antitética); también se observa en la disposición de los poemas, fundamentalmente en el capítulo precedido por la cita de Lope de Vega. Las primeras composiciones que destilaban un sabor más entusiasta y que se correspondían con la infancia y la juventud, eran seguidas por otras de índole mucho más melancólica, que se centraban en la senectud y en el decaimiento de la materia. Esta disposición alternante y contradictoria se observa también dentro de los propios poemas. Buen ejemplo de ello son «Caverna» y «Materia en olvido» donde en un breve espacio se recoge la oposición entre vida y muerte: «Siempre la vida,/creándose a sí misma,/un ir y venir de muertes/sucediéndose implacables» (2008: 17); «La materia se aja,/se cuarteaa,/pierde el lozano ser/de otros días» (2008: 20). De nuevo Ana M.^a alberga en este libro la tradición española de la mano de las *Coplas* manriqueñas que nos recuerdan ya desde el siglo XV que:

«las mañas e ligereza
e la fuerça corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega el arrabal
de senectud» (1983: 51).

Este asunto está ampliamente desarrollado en los poemas del capítulo final, donde encontramos ejemplos muy significativos, como

por ejemplo «Ciclos consecutivos», donde el carácter circular de la existencia se plasma ya desde el citado título: el nacer, el vivir y sentir, el morir, grandes acontecimientos de la vida del hombre están marcados por la repetición. Lo importante de la vida es el sentido que el hombre le imprima, que en el caso de Fagundo es la perpetuación a través del arte, como ya hemos repetido. (Tratamiento aparte merece el poema titulado «Final del ciclo» donde será manifiesto el carácter autobiográfico). Ahora bien, este tema aparecía ya en «Brotos», obra de juventud de Ana M.^a: «ola-playa de mi incesante renacerme» (2002: 94). Cíclico es naturalmente el devenir de las estaciones, a las que ya nos referimos anteriormente.

Hemos de tener presente, asimismo, que toda la poesía fagundiana es, en cierto sentido, circular porque es un continuo volver atrás en el tiempo, un regreso a un pasado que se configura desde el presente y que camina hacia el futuro. Ese retorno al hogar no es más que la expresión del deseo de volver hacia atrás, de recuperar el tiempo perdido, de regresar al calor y a la seguridad de la infancia, a un estadio donde aún no existía el dolor.

Es «Final del ciclo», perteneciente a la sección final de *Materia en olvido*, un poema conmovedor si tenemos en cuenta que tras él palpitan el alma y la biografía de quien lo escribe. El título podría aludir al final de un ciclo cualquiera, pero una lectura atenta del mismo nos conducirá directamente a la vida y obra de Ana M.^a, porque poesía y vivencia, palabra y ser, están aquí unidos como lo está el hijo al cordón umbilical de la madre. Podemos hacer aquí un ejercicio semejante al que ya hizo el profesor Martínez Herrarte con «Oración de la palabra» del libro *Retornos sobre la siempre ausencia*. Observaremos cómo en pocas y certeras líneas Fagundo resume su vida poética, encerrando en cada verso cada uno de los poemarios a los que la poeta ha dado a luz. Veamos la correspondencia que existe entre versos y obras:

- desde aquel primer brote= *Brotos* (1965)
- desde aquella isla erguida = *Isla adentro* (1969)
- desde aquel diario partir = *Diario de una muerte* (1970)
- desde aquel tiempo de siempre = *Configurado tiempo* (1973)
- desde aquella ilusionada luz = *Invencción de la luz* (1978)
- desde la vuelta al hogar = *Desde Chanatel, el canto* (1981)
- desde aquel decirlo sin decirlo = *Como quien no dice voz alguna al viento* (1984)

desde la siempre ausencia = *Retornos sobre la siempre ausencia* (1989)

desde el sol bordeado por la sombra = *El sol, la sombra, en el instante* (1994)

desde la trasterrada raíz = *Trasterrado Marzo* (1999)

desde la palabra, la palabra/al olvido,/al olvido ciñendo toda la materia = *Materia en olvido*.

Mientras en «Oración de la palabra» el orden de los versos no se correspondía con la fecha de publicación de cada libro, aquí el orden cronológico es respetado meticulosamente para subrayar la temporalidad de su vida y de su obra que marchan al unísono. En este poema autorreferencial Ana M.^a hace un pequeño guiño al lector para que camine con ella por las páginas de su vida. De nuevo, el final de este poema nos da la clave para entender que su quehacer poético se configura como el sentido de su existencia: «Esa era la luz buscada./Esa era la respuesta» (2008: 51).

La naturaleza, expresión del carácter cíclico de la vida y de la renovación vital, es otro de los motivos temáticos que ocupan las páginas de este texto. En esta poesía eminentemente subjetiva, la naturaleza se contagiará del estado de ánimo de la autora. Así, esta se tornará amable, plácida, hermosa y llena de color en aquellos poemas que reflejan una actitud entusiasta ante la vida: el mar, los árboles, los pájaros, las más variadas flores tienen, en la mayoría de los poemas, connotaciones positivas y constituyen el marco de su poesía más vitalista. Por el contrario, en aquellos otros que recogen un sentir más pesimista, la poeta seleccionará los aspectos más escabrosos de la naturaleza, transformándose el entorno en un cuadro gris y amenazante: el color se pierde o se troca oscuro, «la materia se aja» (2008: 20) o es horadada por «un ejército de gusanos» (2008: 26), se pudren las manos o las «cuencas vacías» «miran sin mirar» (2008: 27). En este sentido, hemos de destacar el poema «Materia en descomposición» cuya fuerza plástica nos recuerda a algunos maestros pictóricos del Barroco como Valdés Leal o al Goya dieciochesco de las pinturas de *La Quinta del Sordo*.

La naturaleza canaria, reflejo de sus orígenes y refugio consolador, está presente en este poemario: la «isla» con sus «tajinastes y brezos,/hibiscos y palmeras» (2008: 14), con sus «pinos», con sus «cumbres» y su «mar» (2008: 48), con el «Teide» (2008: 33), con sus «retamas blancas» (2008: 47), su «lava rugosa» y sus «cardones»

(2008: 47). La «isla» (símbolo de la propia poeta) forma parte intrínseca de su yo y la arrastra tras sí allá adonde va, lo que deja ver a través de su poesía el desarraigo existencial. Canarias acompaña siempre a la poeta en su trayectoria poética y vital. Su recuerdo está siempre presente en sus textos, ya sea a través de la pintura de ciertos elementos que se convierten en símbolos poéticos (isla, lava, mar), ya a través de la recreación de la geografía, de la naturaleza canaria por las que la autora siente verdadera nostalgia. Canarias se constituye en un espacio-símbolo, en un rincón utópico e inmaterial en ocasiones (como ocurría en su obra *Desde Chanatel, el canto*). Canarias, origen de sus orígenes, será el hogar perdido y anhelado, el punto hacia el que siempre mira cuando cree haber perdido su rumbo, el lugar seguro en el que tiende a cobijarse y ahora, además, será la tierra donde reposan los restos de sus seres queridos y con ellos sus recuerdos. Ahora bien, no siempre será la naturaleza canaria aquella donde habita su poesía: los álamos, los chopos son testigos en algunas ocasiones de su andar cosmopolita.

Para concluir vamos a referirnos a dos poemas de este libro en los que está presente de forma explícita el tema femenino-feminista: «Caverna» (2008: 17) y «Materia hacia la vida» (2008: 18). Ambos son una reflexión que gira en torno al momento de la concepción del ser humano, al momento en que «misteriosamente» se origina el milagro de la vida:

Por esta tenebrosa caverna
iluminada
ha entrado
y ha salido
con placer
con dolor
la vida (2008: 17).

A través de una metáfora de carácter marcadamente feminista (la «caverna» hace referencia a la cavidad uterina) Ana M.^a se refiere al momento primigenio de la creación del ser. Así, haciendo alusión a la doble naturaleza, placentera y dolorosa de la vida (coito-parto), plantea de nuevo el carácter cíclico de la existencia a través de una antítesis en que creación se opone a destrucción, acontecimientos necesarios para la renovación vital.

Además, el poema resalta el papel de la mujer como elemento imprescindible en la regeneración y perpetuación de la especie, al referirse a la facultad de procreación de la mujer y a su condición de «recipiente» en que se desarrolla la vida. Y lo hace a través de una metáfora de índole feminista, como recuerda Myriam Álvarez en su artículo «Aproximación crítico-feminista a la poesía de Ana M.^a Fagundo»¹⁵, donde recuerda que con la metáfora «cuenco», Fagundo «remite a lo cerrado y protegido» de la primera envoltura, esto es, el seno materno:

Y la mujer,
 cuenco eterno de cielo
 y mar,
 ofrendando el cáliz de su sexo
 que el tiempo
 inexorablemente
 va hundiendo en el olvido.

La mujer, protagonista indiscutible aquí, es también receptora de los efectos devastadores del tiempo: el olvido y la muerte.

Desde el punto de vista formal vemos cómo el lenguaje se mantiene claro, diáfano y, sobre todo, preciso. Cada palabra está estudiada, ocupa el lugar exacto que le corresponde, expresa con rigurosa precisión el pensamiento y el sentimiento de la autora. Nada es superfluo, todo tiene su razón de ser. No abundan las figuras literarias en una poesía que pretende ser como la «rosa» que «pétalo a pétalo/fuera desnudando su fragante tersura/y se quedará limpia/e infinita en la soledad» (2002: 81). Este rasgo que tanto nos recuerda a Juan Ramón Jiménez lejos de ser un defecto se convierte en una virtud en una poesía que tiende hacia la depuración, hacia la desnudez ornamental, único camino para apresar las verdades esenciales de la condición humana. Ahondando en el aspecto formal vemos cómo el léxico empleado por Fagundo en gran parte de los poemas de este libro (exceptuando los que pertenecen a la segunda parte) es un indicio sólido del doliente gesto vital de la autora, de su abatimiento existencial, de su doloroso auto-preguntarse, tan en consonancia con el espíritu que subyace en este texto. La poeta, como toda buena poeta, opera una esmerada selección en los términos, términos que adquieren un marcado valor connotativo: «descenso» (2008: 13), «retroceso»

¹⁵ Álvarez, Myriam (2002): «Aproximación crítico-feminista a la poesía de Ana M.^a Fagundo», *La Mujer Hispana en el Mundo: sus triunfos y sus retos*, Orbis Press, USA, 90.

(2008: 13), «caída» (2008: 13), «lejana alegría» (2008: 13), «mendrugo de horas» (2008: 16), «ir y venir de muertes» (2008: 17), «olvido» (2008: 17), «desaliento» (2008: 20), «resignado suspiro» (2008: 20), «cansado caminar» (2008: 20), «paso de ceniza», «seis nichos» (2008: 20).

Machado (figura de referencia en la obra fagundiana como ya recordamos) plasmaba esa misma proyección de su estado anímico sobre el vocabulario que escogía y como ha señalado Manuel Alvar respecto a su obra «la connotación adquiere su propio valor» solo cuando se produce «la transposición del mundo espiritual del poeta a una determinada formulación lingüística»¹⁶. Reflexión que resulta aplicable en toda su extensión a la obra de Ana M.^a.

En suma, Ana María Fagundo ha sabido comunicar y transmutar su dolor y soledad en sublime poesía, poesía que no da soluciones, solo las plantea, proponiéndonos hondas reflexiones desde una lírica de gran lucidez, capaz de despertar la conciencia embelesada del hombre moderno. Poesía, en fin, que camina desde el intimismo a la universalidad y que sitúa a su autora en un destacado lugar dentro del panorama de la lírica más actual.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Myriam (2002): *Ana M.^a Fagundo, Obra poética (1965-2000)*, (edición y estudio preliminar), Espiral Hispano-Americana, Madrid.
- (2002): «Aproximación crítico-feminista a la poesía de Ana M.^a Fagundo», *La mujer hispana en el mundo: sus triunfos y sus retos*, Orbis Press, USA.
- FAGUNDO, Ana M.^a (2008): *Materia en olvido*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- MACHADO, Antonio (1978): *Poesías completas*, Espasa Calpe, Madrid.
- MANRIQUE, Jorge (1983): *Coplas a la muerte de su padre*, Castalia, Madrid.
- MARTÍNEZ HERRARTE, Antonio (1993): *Ana María Fagundo: texto y contexto de su poesía*, Verbum, Madrid.
- (1994): «El ser y decir de Ana María Fagundo» en *Ana María Fagundo, Antología: (1965-1989)*, Colección Poesía, Madrid.

¹⁶ Alvar, Manuel, en el prólogo de *Poesías completas* de Antonio Machado (1978), Espasa Calpe, Madrid, 18.